

“La Amenaza y la Acción Continúan Aún Presentes”

● Teniente general Santiago Sinclair advirtió que la acción terrorista y la actividad opositora buscan impedir que las Fuerzas Armadas y de Orden den por cumplida la misión que asumieron el 11 de septiembre de 1973.

El siguiente es el discurso pronunciado por el Vicecomandante en Jefe del Ejército, teniente general Santiago Sinclair, durante el acto celebrado pasado el mediodía de ayer en la Escuela Militar, con motivo de conmemorar 14 años de la asunción del entonces general de división Augusto Pinochet Ugarte a la Comandancia en Jefe del Ejército.

“Celebramos la asunción al Mando Supremo del Ejército, del Capitán General don Augusto Pinochet Ugarte.

“Esa trágica circunstancia habría de marcar, de modo indeleble, la historia de nuestra institución y el futuro de la patria, constituyendo un hito semejante a aquellos que, con fuerza incontestable, han ido guiando a nuestra sociedad hacia nuevas fuentes de realizaciones, al igual que las aguas de los ríos de nuestra variada geografía que, encauzados por la naturaleza, se agitan y se inquietan, crecen y muerzan, trepan y descienden en demanda del océano.

“Con ese acontecimiento que —agradecemos— hoy conmemoramos, Chile inició una singular vigilia, en tensa y ansiosa expectación, frente a un mañana que aparecía incierto, cargado de temores y de amenazas.

“No podíamos dejar de recordar ahora aquellos aciagos días. Porque conocer y analizar lo ocurrido es nutrirse objetivamente de la experiencia para prevenir el futuro en resguardo de nuestros comunes intereses y poder, así, denunciar oportunamente el peligro.

“A ustedes, juventud de mi patria, aún niños en ese tiempo, herederos naturales de quienes protagonizaron la epopeya de La Concepción y que poseen el alma transparente que vibra con la libertad, que se identifica con la verdad, la pureza y la adhesión a los grandes y nobles ideales, es a quienes dirijo —con preferencia— esta visión retrospectiva.

“La patria estaba en aquel entonces gravemente convulsionada. Una agresión brutal la sacudía hasta sus cimientos y, en vertiginosa carrera, de manera irremediable, la conducía hacia su destrucción sistemática e integral. Estábamos en presencia de la más grave conmoción sufrida por nuestra sociedad en toda su historia.

“Se vivían los primeros años de la década del 70. El germen maligno del marxismo, habiendo hecho presa de un sector de la ciudadanía y alcanzado el Gobierno de la República, amenazaba comprometer íntimamente todos los centros vitales del cuerpo social y así dar cima al poder total de la dictadura comunista, a la vez que ponía en inevitable peligro la subsistencia soberana del Estado.

“La lucha de clases y el odio, la explotación de los bienes, el control absoluto de toda actividad y la transformación de nuestra cultura, se ofrecían como una suerte de talismán infalible, capaz de hacer desaparecer cualquier forma del mal, cualquier privación o dificultad, cualquier miseria o desvalimiento.

“Esta falacia no puede ser sustentada de otro modo que por la violencia. Así, en esos años, el vendaval de la anarquía azotaba a la patria, mientras los activistas —cual espectros de pesadilla— reorganizaban clandestinamente, acechándolo todo, prestos a destruirlo todo, a paralizarlo todo. Asaltos, tomas, incendios, sabotajes, robos, asesinatos, parecían haberse ya transformado en una siniestra normalidad cotidiana.

“El país estaba literalmente bajo un asedio bélico, y su capital rodeada por cordones industriales con organización paramilitar. Se amenazaba con la guerra civil y se intimidaba a los chilenos con la advertencia de haberles llegado la última oportunidad para aceptar la sumisión total.

“Guerrilleros y terroristas cubanos fueron exaltados como figuras y líderes para estos grupos de chilenos que se entregaron al comunismo y fanáticamente pretendieron hacer lo mismo con su patria, envenenando el corazón de muchos jóvenes.

“Como olvidar la injuria y el atropello que significó para Chile la interminable visita del tirano del Caribe, quien, con la insolencia propia de todo imperialismo, arengó a nuestros compatriotas en el Estado Nacional, pretendiendo desvergonzadamente darnos lecciones de moral de libertad, de derechos humanos, de desarrollo, de justicia, en fin, de todo aquello que —precisamente— resulta desconocido en el malhadado paraíso marxista.

“En este empeño por exacerbar la animosidad revolucionaria, se llegó incluso a erigir una estatua en homenaje a un guerrillero comunista extranjero, en una principal avenida de Santiago.

“Se buscaba, así, cercenar el sagrado vínculo de nuestra herencia histórica, tergiversando los ideales de un auténtico patriotismo.

“Chile contemplaba estupefacto la embestida de esa agresión y parecía inerte ante el avance incontrarrestable de aquellas verdaderas fuerzas de ocupación internas y foráneas.

“Entretanto, la patria palidecía bajo los efectos de una economía que caía a niveles decisivamente críticos. Igual deterioro se apreciaba en todas las actividades productivas, con el consiguiente desaliento y pérdida de toda iniciativa creadora.

“Hambre y escasez, inflación descontrolada y racionamiento de lo más esencial, ollas comunes y largas e interminables filas de personas en demanda del mínimo sustento, pasaron a constituir una triste habitualidad que acongojaba el espíritu y ponía en peligro la conservación de la propia vida.

“La gran masa de los chilenos empezaba a arrinconarse como una minoría que mendiga respeto, cediendo al adversario —bajo los atropellos, las amenazas y toda suerte de vejámenes— el espacio inviolable de la propia dignidad y de los atributos fundamentales de la persona.

“Sin embargo, aun el hambre y la muerte, la miseria y la persecución, no fueron suficientes para quienes estaban decididos a vender a Chile a esa ideología atea y disolvente. Era preciso aún más. Había que romper al individuo en lo que constituye el núcleo mismo de su impronta divina: la libertad; y a la sociedad en su fundamento vital: la familia, hasta lograr su total desintegración.

“La imagen de Cristo, profanada al presentársela como el revolucionario de su tiempo, metralleta en mano, constituía todo un símbolo de una predica violenta y devastadora. En definitiva, se buscaba matar en las almas de los chilenos la raíz de la fe y extinguir el concepto mismo de Dios.

“Chile estaba desgarrado, era víctima

de la angustia generalizada y de la inseguridad extrema. Parecía extinguida toda capacidad de respuesta, de reacción, de defensa legítima ante esta descomunal agresión. Se habían ya agotado infructuosamente todos los recursos públicos y privados en procura de que las fuerzas de destrucción recapacitaran y se desistieran de sus propósitos.

“Exhausta y abatida, la nación desfallecía en una noche interminable y fatídica.

“Fue entonces cuando la desesperanza alcanzaba su límite, que los ojos de la patria se volvieron hacia el Ejército de Chile y sus instituciones hermanas.

“La cruzada por la libertad de Chile, tan anhelada, era ya un imperativo incontestable. En tales circunstancias asumía como Comandante en Jefe del Ejército, el entonces general de división don Augusto Pinochet Ugarte. La vigilia de esa heroica gesta se había iniciado.

“Señores: “Siempre los preludios que anteceden a los grandes acontecimientos de la vida generan una sobrecarga de emociones. Como antaño los caballeros velaban sus armas la noche antes del combate, el Ejército —con su comandante en jefe a la cabeza— dispuso su ánimo para la reconquista de la libertad.

“¿Cuántas tensiones y presagios, cuántas ansiedades, optimismos y fatigas se fueron acumulando entonces en el corazón del mando!

“La responsabilidad que la historia había impuesto a sus institutos armados era inmensa. La conciencia de ella pesaba con abrumadora persistencia. Durante tres largos años su profesionalismo y su tradicional sujeción a los condicionamientos de una democracia y de un estado de derecho, las contenía con serenidad, en espera de una reacción rectificadora del experimento desintegrador que sufría nuestro ser nacional.

“La fuerza inequívoca de los hechos hizo, empero, irresponsablemente temerario continuar en una ya estéril expectativa. El cumplimiento del deber supremo con la patria, que impone el servicio de las armas y que en momentos decisivos debe primar por sobre toda otra consideración, hizo insoslayable asumir esa responsabilidad histórica.

“Aquella noche del 10 de septiembre de 1973 fue para el Comandante en Jefe del Ejército de Chile toda una prueba de singular significación y alcance histórico que, en su lado, estaba también, en vigilia, apoyándolo con el valor propio de la mujer chilena, nuestra Primera Dama, la señora Lucia, intuyendo que el momento de la prueba tocaba también las puertas de su hogar. Nada amilanaría, sin embargo, su temple de esposa y de madre en esa hora decisiva.

“Sin duda, en tan álgidos momentos, nuestro Comandante en Jefe meditó con mayor fuerza que nunca que la nación y sus instituciones armadas forman un todo indivisible, como elementos constitucionales al ser nacional, que el recurso armado que el país tenía a su alcance, era fundamental y condición para la conservación íntacta de la misma patria, y que estas realidades comprometen la función del Ejército, en ámbitos de imperativos públicos, cuyas perspectivas y motivaciones van más allá de lo contingente.

“El país tiene por ello el derecho a exigirles la cautela permanente y la defensa eficaz y oportuna de la patria, so pena de poner en peligro la existencia misma del Estado y de su soberanía.

“Esta misión no sólo comprende la defensa de su integridad territorial sino que también es de su alma, forjada en las raíces de su identidad histórico-cultural.

“Nuestro Comandante, en Jefe hubo de reafirmar también así su convicción de que el Ejército y sus instituciones hermanas constituyen el recurso supremo contra toda agresión a los valores y peculiaridades de nuestra nacionalidad y que están llamadas, además, a constituir un elemento decisivo en la restitución del equilibrio y recuperación de la sociedad a la que sirven y protegen cuando, por efecto de esa agresión, ella ha sido llevada a la inminente ruina o al caos.

“Sabía, que, precisamente, ante tareas de esta magnitud, se despertaran todas las potencialidades del patriota y que el corazón del soldado se inflama hasta el extremo de su entrega total, generosa y definitiva, sin esperar reconocimientos o recompensas, porque sólo le basta la satisfacción profunda del servicio desinteresado y del sacrificio fecundo.

“Estaba cierto de que el Ejército, estructurado en un esquema jerárquico que lo cohesionaba desde el primer general hasta el último soldado-comarista, cumplía con la misión que le impone su naturaleza, fuertemente enmarcada en su incondicionalidad a la patria, a cuyo sagrado servicio se vive y se muere.

“Así fue como el supremo deber que la historia señalaba de manera inequívoca al Ejército de Chile y a las instituciones de la Defensa Nacional empezó a cumplirse desde aquel amanecer del 11 de septiembre de 1973. Anticipó de una primera de copihues acariaciados por brisas que rizaban de blanco nuestro mar azul, mientras banderas de colores parecían entonar himnos de esperanza.

“Esa larga vigilia había terminado. “Señores: “Fueron duras jornadas que costaron la vida a muchos soldados y que exigieron sacrificios extremos y prolongados. Ellas permanecen vivas en nuestros sentimientos, pues la sangre que esos patriotas derramaron ayer se suma a la que aún hoy han vertido quienes, en cumplimiento de su misión, han caído abatidos por la violencia y el terrorismo.

“Día a día, la ciudadanía tiene otra triste oportunidad de comprobar como el enemigo marxista está plenamente activo, desarrollando su labor disociadora y violenta.

“Terroristas, apoyados y financiados desde el extranjero y agrupados en movimientos que, incluso, han profanado el nombre de nuestros héroes y forjadores insignes de la República, no cejan en su lucha contra Chile, su desarrollo y progreso, su bienestar y tranquilidad.

“Enemigos y traidores a la patria, han llegado al extremo de atentar contra la vida de nuestro Comandante en Jefe, ocasión en que cayeron cinco miembros de su escolta presidencial, inmolados en el cumplimiento del deber.

“Con este magnicidio frustrado culminaba la internación en el país del mayor arsenal subversivo que se conozca en el continente, con el objeto de desatar una lucha fratricida que pudiera conducirlos a la materialización de sus siniestros planes reivindicacionistas.

nuestro sojuzgamiento; y otros renuevan, además, los propósitos de despojo ya trágicamente experimentados e insisten en reimponer las limitaciones a la libertad, en todas las áreas del quehacer humano, con grave perjuicio para sus ricas y multifacéticas posibilidades creadoras.

“Por otra parte, sectores no despreciables, exteriorizan inquietantes señales de una verdadera rebeldía separata del ordenamiento jurídico fundamental, sancionando por la voluntad del pueblo, los que —con pertinaz y desenfadada actitud— pretenden desconocer además la dignidad y autoridad de los gobernantes. Sus posiciones aparecen alimentadas por dogmatismos ideológicos que han demostrado ser irreductibles a la realidad y a las duras experiencias vividas precisamente a causa de tales dogmatismos.

“Se perciben así, síntomas de una voluntad no dispuesta a someterse a los requerimientos fundados de una convivencia democrática, cuya regulación han sido fijadas por las grandes mayorías. Tales tendencias entrañan el socavamiento de las bases de nuestra integridad social y su proyección afecta peligrosamente la estabilidad de nuestra nación.

“Todas estas posiciones no sólo se manifiestan como propuestas intelectuales, sino que se formulan como propósitos políticos específicos y se traducen en anuncios de acciones concretas. De esta manera se procura echar por tierra y poner término anticipado a la obra de restauración de la institucionalidad quebrantada.

“Con ello se busca imposibilitar su acabado término e impedir así que las Fuerzas Armadas y las Fuerzas de Orden den por cumplida la misión que, patrióticamente, debieron asumir el 11 de septiembre de 1973.

“Todas estas circunstancias, a son propiciadas o vienen a coadyuvar a la acción del imperio soviético y la doctrina que lo sustenta, los cuales no han renunciado a su intento por revertir aquello que, en su concepción materialista de la historia, han calificado como un mero “traspasé dialéctico” y redoblan sus esfuerzos para conseguir apoderarse nuevamente, y esta vez para siempre, de nuestra patria chilena.

“La amenaza y la agresión, duro es constatarlo, continúan vigentes y han cobrado nuevo vigor y peligrosidad!

“Todos estos hechos representan una señal indescubierta, un compromiso intransable y una advertencia en la que todos los chilenos debemos meditar.

“El cuadro que resulta de la consideración objetiva de todas las graves circunstancias indicadas, hace presagiar la reaparición de condiciones análogas a las que justificaron aquella primera vigilia.

“Frente a esta peligrosa situación, en la que vemos amenazados principios y valores fundamentales de nuestra convivencia, se hace indispensable que todo patriota reaccione con decisión, asumiendo su defensa, pues en ello va envuelto el futuro de la patria y el mañana de cada uno de nuestros hijos.

“Seguridad del Estado, conductas de desintegración interna, nacidas de afanes hegemónicos; individualismos; divisiones; y disquisiciones estériles que, desgraciadamente, en una época nefasta hicieron posible el acceso del marxismo al poder y que, increíblemente, hoy día están franqueándole —otra vez— el camino.

“Ignoran tozadamente que la patria sigue siempre guardada por sus hijos, los que jamás claudicarán en su defensa!

“Es inadmisibles que criterios adventizos avancen en nuestra sociedad y de trascendente atención o pretendan destruir todo aquello que conforma la esencia de nuestro ser nacional y de nuestro estado soberano. Somos soldados, patriotas y cristianos, y en nosotros pesa una ineludible misión en cuya demanda nos encontramos profundamente comprometidos.

“Contribuyen, por el contrario, a afianzar el desarrollo y seguridad de la nación, fuerzas e ideales que converjan en la procura de bienes superiores y permanentes a nuestra sociedad y que sean capaces de posponer en tiempos de amenaza, todo interés y aspiración particular, por legítimos que fueren, subordinándolos al ineludible imperativo de preservar a la patria de la acción devastadora de un mal común.

“Señores: “Para morir por la patria es preciso amarla. El juramento de fidelidad —de todo soldado— de dar hasta su propia vida por ella, es la más noble expresión de ese amor.

“Patria y amor por ella, son los polos esenciales de nuestras existencias que jamás se desmantan, pues nuestras almas reciben la fuerza interior de la vocación y de la fe en esos ideales.

“En este espíritu y en este ánimo, la ciudadanía toda debe también saber amar, saber sentir, saber comprender, saber vibrar y saber solidarizar con su Ejército y sus instituciones armadas.

“Mi General: “La causa restauradora de la libertad que Ud. lidera, merece la gratitud de la nación. Recordaríamos los nombres de los soldados e integrantes de la defensa nacional y de tantos compatriotas que lo han dado todo, hasta sus vidas, sin esperar otra retribución que la propia satisfacción de sus conciencias.

“Manteniendo viva esta evocación, los chilenos de hoy y los del mañana sabremos justipreciar la inspiración que guió su espada de soldado y su gestión de estadista. El hombre cabal se debe a sus principios, a su formación moral, a su saber y, desde el instante supremo de su consagración a la patria, ve, con honor y orgullo, que en la vida es dolor, es heroísmo, es combate, es yunque, es esfuerzo, es gloria.

“Sólo la entrega de sí, sin reservas, en aras de una causa noble, junto a la estoica perseverancia en su culminación, permiten sellar la victoria.

“Mi General: “Finalizado este acto, las unidades regresarán a sus cuarteles y los estandartes de combate, coronados por los condóres invitados, retornarán a los santuarios de sus regimientos para continuar su vigilia por la patria.

“No obstante, en el solar de este Alcázar, quedará el recuerdo del Ejército de Chile que concurrió a rendir los honores de reglamento a su comandante en jefe, en ocasión de esta fecha histórica.

“Reciba el testimonio de nuestra fidelidad como soldados, renovada con fuerza incommovible en este día, ante la faz de Chile, poniendo como testigo a Dios y a estos estandartes, en cuyos pliegues están prendidas las mil glorias de la patria.

“Muchas gracias!”